

PIQUERO, Álvaro, *Ramón Menéndez Pidal en la Sierra de Guadarrama: Crónica de un vecino de San Rafael*, Madrid, Fundación Ramón Menéndez Pidal - Ayuntamiento de El Espinar, 2018, 125 págs.

NICOLÁS ASENSIO JIMÉNEZ
Universidad Complutense de Madrid

En el verano pasado, la Fundación Ramón Menéndez Pidal se sumó a la Ruta del Arcipreste de Hita, una excursión que cada año organiza la Asociación Cultural San Antonio de El Espinar por los senderos que más de cinco siglos atrás Juan Ruiz pudo recorrer entre los agrestes bosques del Guadarrama. El propósito era doble: homenajear, por un lado, al creador del *Libro de buen amor*, obra cumbre de la literatura medieval española, y, por otro, celebrar también la figura de Ramón Menéndez Pidal, uno de los impulsores de que la conocida Peña del Arcipreste se declarara Monumento de Interés Natural. Se trataba, en definitiva, de honrar la memoria de dos de los excursionistas más relevantes de la Sierra de Guadarrama, aprovechando además que nos encontramos de lleno en el Bienio Pidalino 2018-2019, conmemorando los 50 años de la muerte de Ramón Menéndez Pidal y el 150 aniversario de su nacimiento.

Lo que iba a ser un sencillo folleto para explicar el interés de la ruta

desde un punto de vista histórico, medioambiental y literario, acabó dando forma al interesantísimo libro de ciento veinticinco páginas que es objeto de esta reseña: *Ramón Menéndez Pidal en la Sierra de Guadarrama: Crónica de un vecino de San Rafael*. Escrito con rigor académico y estilo ameno por Álvaro Piquero Rodríguez y publicado recientemente en la colección *Renuevos del Olivar* de Chanmartín de la Fundación Ramón Menéndez Pidal gracias a la colaboración del Ayuntamiento de El Espinar, es un completo retrato de lo que ha significado el Guadarrama para los intelectuales de los siglos XIX y XX, prestando especial atención a los vínculos del matrimonio de Ramón Menéndez Pidal y María Goyri con este paraje natural.

La Sierra de Guadarrama, como bien explica el autor en el primer capítulo, fue un terreno completamente hostil durante varios siglos. Los viajeros que cruzaban sus escarpadas montañas para ir de un lado a otro de la meseta central no solo



tenían que enfrentarse a las terribles inclemencias del tiempo sino también al asalto de bandoleros y otras gentes de malvivir (quizá, incluso, si nos dejamos llevar por la fantasiosa mente de Juan Ruíz, se tenían que encarar con esas ávidas depredadoras sexuales a las que llama “serranas”). Durante cientos y cientos de años, no hubo infraestructuras para hacer más fácil el tránsito: a penas había refugios, no había sitios de avituallamiento, por no hablar de la precariedad de los caminos. No fue hasta la llegada del ferrocarril y la mejora de las comunicaciones a mediados del siglo XIX cuando empezó a cambiar esta imagen tan adversa. En este sentido, uno de los pioneros en potenciar el interés por este entorno natural fue Francisco Giner de los Ríos, al que se le reconoce como “El descubridor de la Sierra de Guadarrama”. Este intelectual, creador de la Institución Libre de Enseñanza e impulsor de varios proyectos regeneradores de España como la Junta para la Ampliación de Estudios o la Residencia de Estudiantes, promovió una serie de excursiones para estudiar el patrimonio natural de la Sierra no solo desde el punto de vista medioambiental, sino también histórico y literario. Fue en gran medida gracias a su labor por lo que numerosos intelectuales del momen-

to se acercaron a conocer sus parajes, quedándose fascinados y estableciendo así un temprano vínculo que duraría a lo largo de sus vidas. Trufado fragmentos de crónicas y textos del Siglo de Oro y también de poemas de escritores de la modernidad, este primer capítulo es realmente interesante para recorrer la evolución del imaginario colectivo en torno a la Sierra de Guadarrama, desde una travesía infernal para los viajeros hasta una especie de *locus amoenus* contemporáneo que permite a los intelectuales huir del ajetreo de la gran ciudad.

Entre estos intelectuales que quisieron huir de la ciudad, especialmente en los meses de verano, se encontraban Ramón Menéndez Pidal y María Goyri. Como bien detalla el autor en el segundo capítulo, gracias a las excursiones de Giner de los Ríos enseñada se sintieron fascinados por los parajes de la Sierra del Guadarrama y decidieron establecer en ellos una segunda residencia para sus periodos de vacaciones. Primeramente se asentaron en El Paular pero, tras la repentina muerte del menor de sus hijos mientras veraneaban en este lugar, decidieron mudar su residencia vacacional de forma definitiva al pueblo segoviano de San Rafael. Por su nueva casa pasaron destacados intelectuales del momento, como Rafael

Alberti, Maria Teresa León, Alfonso Reyes, Américo Castro, José Castillejo, entre otros, que compartieron paseos, charlas y breves estancias con el matrimonio de filólogos. Todo esto, además del proceso de construcción de la casa, las penurias de la Guerra Civil y también graciosas anécdotas, es lo que nos cuenta Álvaro Piquero en este segundo capítulo, lleno además de preciosas fotografías que nos permiten descubrir la faceta más íntima de la familia de Ramón Menéndez Pidal y María Goyri.

Llegamos entonces al tercer y último capítulo, el que, como reconoce el autor en las presentaciones del libro, iba a ser el folleto explicativo de la Ruta del Arcipreste de Hita. Se trata de un breve pero completísimo estudio sobre las expediciones de Menéndez Pidal por la Sierra de Guadarrama para intentar descifrar los lugares exactos por los que pasó Juan Ruiz en su travesía repleta de aventuras amorosas. Con todo lujo de detalles, entre los que se incluyen mapas de las excursiones, se describen los esfuerzos del hispanista por localizar la Venta del Cornejo en la que el Arcipreste tuvo un encuentro con una de las serranas. Pero el punto fundamental de este capítulo, es sin duda, el proceso que emprendieron Ramón Menéndez Pidal junto a otros intelectuales para que

este entorno natural, concretamente la llamada Peña del Arcipreste, fuera declarado Monumento de Interés Nacional. Con una rigurosidad ejemplar y una buena pluma, Álvaro Piquero nos permite contemplar el entramado burocrático al que se enfrentaron para finalmente hacernos presenciar casi como testigos directos el acto de inauguración del monumento, pues en el libro se transcriben fragmentos de los discursos que dieron varios de los asistentes, como Alcalá Zamora, Eduardo Hernández Pacheco, Menéndez Pidal o los hermanos Álvarez Quintero. En ese acto fue donde se acordó un detalle importante, que incluso a día de hoy sigue sorprendiendo a los excursionistas: Siempre, desde aquel momento, hay un libro de firmas y un ejemplar del *Libro de Buen Amor* para que el visitante pueda tomar un respiro deleitándose con las rimas del Arcipreste.

En definitiva, *Ramón Menéndez Pidal en la Sierra de Guadarrama: Crónica de un vecino de San Rafael*, es mucho más de lo que su título sugiere. Es, desde luego, el retrato del vínculo que la familia del gran filólogo desarrolló con este paraje de gran belleza, pero es también un recorrido de cómo ha ido cambiando la Sierra de Guadarrama en el imaginario colectivo a lo largo de los siglos y es, por



supuesto, la crónica de su viajero más ilustre, Juan Ruiz, el Arcipreste de Hita. Conociendo, además, a Álvaro Piquero desde que eramos estudiantes en la Universidad Complutense de Madrid (desde cuyas ventanas podíamos divisar a lo lejos el Guadarrama) y sabiendo, también, su amor por su pueblo (pues él, como don Ramón, también es vecino de San Rafael), sé que este libro ha sido casi un proyecto personal para él. Y eso se nota. Está escrito con cariño,

con pasión y, por supuesto, con la intachable severidad de la investigación filológica. Y el fruto es inmejorable. Es un libro ameno, novedoso, extremadamente bien documentado, que fusiona los límites entre lo académico y divulgativo. Desde luego es una lectura deliciosa para quienes admiramos a Ramón Menéndez Pidal, para quienes disfrutamos con el *Libro de Buen Amor* y para los que nos apasiona la Sierra de Guadarrama.

